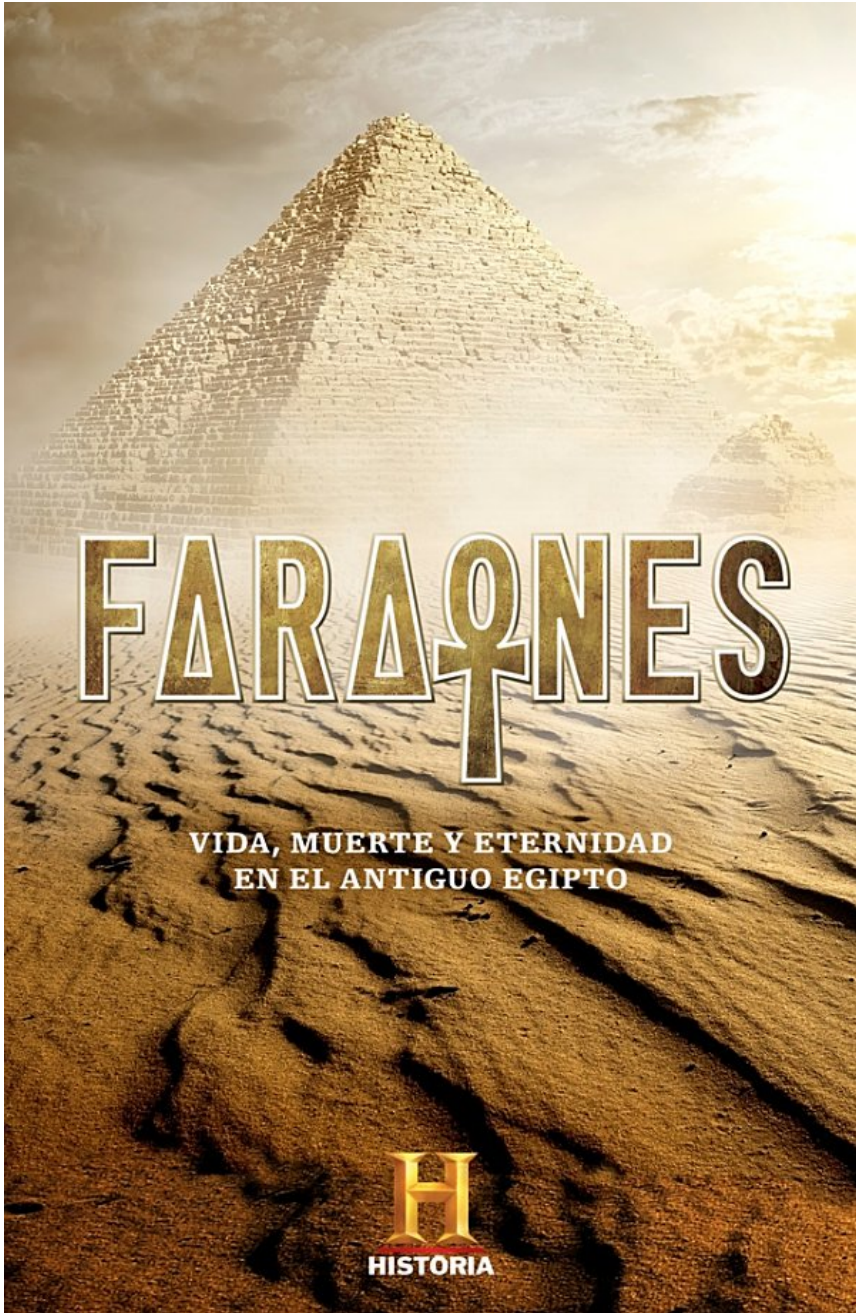




FARAONES

VIDA, MUERTE Y ETERNIDAD
EN EL ANTIGUO EGIPTO

H
HISTORIA



PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

El Antiguo Egipto es uno de los períodos de la historia que ha inspirado a la mayor parte de las mentes creativas. Esta civilización, que aparece al final de lo que hoy conocemos como Pre-historia, por la agrupación de los asentamientos ubicados en las riberas del Nilo, se convirtió rápidamente en una de las mayores y más poderosas sociedades, con una organización política, económica, religiosa, administrativa, artística y social como nunca antes había conocido la humanidad.

La cultura que emergió en el valle del Nilo, gracias a su caudal, produjo una sociedad fluvial como consecuencia de la fertilidad agrícola y la prosperidad económica, y desarrolló una forma de explicar la existencia humana basada en los patrones de repetición que veían en la propia naturaleza. Así, la realeza y la religión iban de la mano a orillas del río más largo del mundo generando una figura única de este momento histórico: el faraón.

Esta fascinante civilización se desarrolló a lo largo de más de tres mil años. Debemos poner en perspectiva el tiempo y recordar brevemente que la Piedra Rosetta del año 196 a.C. fue descubierta en 1799. Por tanto, en el momento de la publicación de este libro, son poco más de doscientos

años de investigación científica y arqueológica los que nos permiten compartir lo que hasta ahora hemos comprendido de esta cultura.

A lo largo del período establecido entre el año 3000 y el 30 a.C., la capital del Imperio cambia en varias oportunidades, dinastías aparecen y desaparecen. El poder, el desarrollo y el esplendor entran en un momento de decadencia. Se produce después un nuevo resurgir de la civilización egipcia, más innovadora, más próspera, siempre con un nuevo modelo de liderazgo ejecutado por el faraón. La cronología de Egipto es complicada y las opiniones de historiadores y científicos no siempre coinciden, por ello le pido al lector que comprenda la licencia que nos hemos tomado de ubicar temporalmente a los distintos gobernantes según la versión más comúnmente aceptada.

Las pirámides, las escrituras jeroglíficas, las tumbas y las momificaciones, los ritos y la innovación en ingeniería, astronomía, química y medicina son imágenes presentes en la memoria colectiva sobre esta cultura. Pocos, sin embargo, conocemos la influencia que cada uno de los faraones tuvo para la evolución de cada uno de esos hallazgos.

El objetivo al publicar este libro, *Faraones*, es acercar al público a ese mágico mundo del Antiguo Egipto, desde la perspectiva de quienes lo gobernaron, social y religiosamente, con una visión rigurosa y entretenida que confío introduzca al lector en esa atmósfera fascinante del Imperio de los faraones.

Faraones es la novena publicación de canal HISTORIA bajo el sello Plaza & Janés. Una vez más, agradezco a Al-

berto Marcos su confianza en nuestra marca, que nos ha permitido publicar libros de momentos históricos diferentes y todos ellos fascinantes. Aprovecho para agradecer también la colaboración de Antonio Lerma y Raquel Martín Polín, quienes han conseguido con éxito llevar el entretenimiento audiovisual al papel. Mi permanente agradecimiento a Esther Vivas, quien ha sido clave en el desarrollo de esta inversión de la televisión a lo impreso, y a Alberto Carpintero por el cuidado al detalle y esa convicción que le permite desarrollar proyectos tan variados.

A usted, lector que tiene ahora este volumen en sus manos, muchas gracias por vernos y leernos. Espero que disfrute esta lectura tanto como lo he hecho yo.

Dra. CAROLINA GODAYOL DISARIO
Directora General
The History Channel Iberia

PRIMERA PARTE

EL REINO DE LAS DOS CORONAS

¡Salud a ti, oh Hapi, que has salido de la tierra,
que has venido para dar vida a Egipto!
oculto en la naturaleza, oscuro de día, alabado
por sus seguidores,
es él quien riega los campos,
es él quien ha sido creado por Ra para dar vida
a todo el ganado;
es él quien apaga la sed del desierto lejos del
agua:
es el rocío que desciende del cielo [...]
Es él quien da sobreabundancia de todos los
bienes:
quien estaba triste, se vuelve alegre y todos es-
tán contentos [...]
Próspera es tu venida,
próspera es tu venida,
oh Hapi,
próspera es tu venida.
Tú vienes para dar vida a los hombres y al gana-
do con tus productos de los campos.
Próspera es tu venida,
próspera es tu venida,
¡Oh Nilo!

Gran himno a Hapi
(Imperio Medio)

[...] decían que el primer hombre que reinó en Egipto fue Menes; en su tiempo todo Egipto,

excepto el nomo de Tebas, era un pantano y no emergía de las aguas ninguna parte del país que ahora se halla más abajo del lago Moeris, al cual se llega desde el mar navegando siete días río arriba. Y lo que decían de su país me pareció exacto. Pues es evidente, para un hombre juicioso con solo verlo y sin haber sido informado previamente, que el Egipto al que los griegos llegan por mar es para los egipcios tierra adquirida y un don del río...

HERÓDOTO,
Historia, libro II, 4-5

1

El país del Nilo

Pocos períodos de la historia despiertan tanta fascinación como el Antiguo Egipto. El público demuestra su admiración por esta civilización llenando las salas que cientos de museos de todo el mundo dedican a la egiptología. Allí donde se conserve una momia, una estela decorada con jeroglíficos o alguna escultura de esa época se congregan cientos de personas de todas las edades para contemplar el patrimonio que nos legó una cultura de la que nos sentimos tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos. Dicha sensación se intensifica sensiblemente en los millones de turistas que, a pesar de los vaivenes políticos, siguen viajando a Egipto año tras año. Acuden atraídos por un poderoso imán: pirámides colosales en medio del desierto, templos de una hermosura escalofriante junto a uno de los ríos más grandes del mundo, tumbas bellamente decoradas que escondían tesoros fabulosos... todo ello de hace miles de años.

Si algo llama la atención de estos afanados viajeros, además de la antigüedad de todo lo que contemplan, es que los monumentos y las obras de arte que tanto admiran fueron realizados en un lapso de tiempo muy largo, más de tres mil años. El hecho de que una civilización pudiese mos-

trar tal unidad y coherencia no puede dejar de asombrarnos. Es como si hoy siguiésemos viviendo en el mundo que pisaron Aníbal, Julio César, Jesucristo... o los propios egipcios. Dos son los rasgos que se pueden encontrar en las manifestaciones artísticas del Antiguo Egipto: la escritura jeroglífica y la figura omnipresente del faraón. Desde la fundación de Egipto hasta su incorporación al Imperio romano (e incluso después), las figuras de reyes y reinas se representaron a lo largo del valle del Nilo junto a las de los dioses para dejar patente su poder y su superioridad sobre los súbditos. Pero los descubrimientos que los egiptólogos llevan acumulando desde hace décadas nos han ayudado a comprender que el faraón era mucho más que un dirigente político para los hombres y mujeres cuyos destinos regía. Hombres y mujeres que construyeron día a día, durante milenios, una obra que sigue apasionándonos.

Con más de 6.700 kilómetros, el Nilo es el río más largo del mundo y una de las primeras cunas de la civilización. Sus dos afluentes principales, el Nilo Blanco y el Nilo Azul, se abren paso desde el corazón de África para unirse en Jartum y formar desde allí la arteria fluvial más importante de todo el Mediterráneo, una de las áreas culturales más destacadas de la Antigüedad. Esta ingente masa de agua dulce atraviesa a lo largo de miles de kilómetros el Sáhara oriental hasta que, 160 kilómetros antes de llegar al mar, se abre en decenas de brazos a modo de abanico que conforman su delta. A la vera de esta grandiosa arteria geográfica

se desarrolló una civilización que asombró ya a griegos y romanos por sus logros científicos y culturales. Desde entonces, cada generación se ha preguntado por esta misteriosa corriente cuyo avance se ve salpicado por los majestuosos vestigios de un pueblo con el que se le ha llegado a identificar casi por completo. Desentrañar sus secretos ha sido una de las obsesiones de los historiadores, que todavía siguen surcándolo de norte a sur en busca de nuevas pistas que ayuden a comprender mejor el mundo de los faraones.

UN REGALO DE LOS DIOSES

En el siglo V a.C., Heródoto de Halicarnaso, uno de los historiadores más notables de la Grecia clásica (conocido con posterioridad como el «padre de la Historia»), viajó por Egipto con la intención de documentarse para la gran obra que estaba escribiendo. Enseguida se dio cuenta de que si Egipto se había convertido en un imperio, era gracias a la fertilidad y vitalidad que le proporcionaba el río. En el libro II de su *Historia* afirma sobre los egipcios: «No existe gente [...] que recoja con menor fatiga su anual cosecha [...]. No tienen ellos el trabajo de abrir y surcar la tierra con el arado, ni de escardar sus sembrados, ni de prestar ninguna labor de las que suelen los demás labradores en el cultivo de sus cosechas, sino que, saliendo el río de sí sin obra humana y retirado otra vez de los campos después de regarlos, se reduce el trabajo a arrojar cada cual su sementera, y me-

ter en las tierras rebaños para que cubran la semilla con sus pisadas. Concluido lo cual, aguardan descansadamente el tiempo de la siega, y trillada su mies por las mismas bestias, recogen y concluyen su cosecha». La imagen que tenían los extranjeros que visitaban el país era por tanto la de una tierra feliz en la que la vida era fácil y el sustento estaba garantizado. Egipto era, pues, un don del Nilo.

Aunque esta visión, repetida por otros autores de la Antigüedad después de Heródoto, hoy es considerada por los historiadores como un tópico, es cierto que el peculiar comportamiento anual del río era la clave para que en su cuenca se desarrollase una economía capaz de sustentar un Estado. El viajero actual no notará ningún comportamiento extraño del río, ya que las obras hidráulicas realizadas en el siglo xx (especialmente la construcción de la presa de Asuán en la década de 1960) han modificado el ritmo de la naturaleza y estabilizado el cauce fluvial. Pero antes de que la modernidad imprimiese su sello inexorable sobre el Nilo, este era portador de un milagro anual que marcaba, para quienes vivían en sus riberas, el paso del tiempo y las estaciones del año. En el mes de mayo el cauce del río se encontraba en el nivel más bajo, pero a mediados de junio, en la primera catarata (en el entorno de la moderna Asuán, que los egipcios consideraron siempre como el límite meridional de su reino), ya se percibía un incremento del caudal. Un mes más tarde este era ya un torrente que hacía que el río se desbordase e inundase todo el valle fluvial. La población abandonaba entonces los campos y se refugiaba en los núcleos de población, situados algo más al interior y

a mayor altura, de modo que sus viviendas no se viesen amenazadas por el agua. Había llegado la crecida anual.

A principios de septiembre el agua alcanzaba su nivel más alto y, a partir de ese momento, la avenida perdía virulencia hasta que comenzaba a replegarse un mes más tarde. Cuando el agua se retiraba, la tierra quedaba cubierta por el oscuro limo que portaba el río. Se trataba de un rico aluvión que fertilizaba la tierra y permitía que en noviembre empezase el año agrícola, que culminaba con la siega en los meses secos previos a la siguiente inundación. Era esta por tanto la que permitía que el valle del Nilo fuese un oasis lineal en medio del Sáhara. Los egipcios eran tan conscientes de ello que convirtieron al Nilo en uno de sus dioses, Hapi (aunque es cierto que no era una de las figuras principales de su panteón).

A lo largo de los siglos aprendieron a amoldarse al ritmo que marcaba el río y a temer las fluctuaciones extremas cuando llegaba la inundación. Tanto era así que se excavaron en las orillas, a lo largo de todo el cauce, pozos o callejones escalonados en la roca que descendían hasta el río y sus paredes se tallaban para medir con exactitud el nivel que alcanzaban las aguas. Eran los nilómetros, algunos de los cuales han llegado hasta nuestros días, como el de la isla de Elefantina, que por encontrarse en el extremo sur del reino se tomaba como referencia para anticipar la altura que alcanzaría la crecida ese año. Semejante obsesión se basaba, además, en una lección bien aprendida: los antiguos egipcios sabían que tanto una crecida desmedida como una insuficiente podían tener consecuencias catastrófi-